

llans; pero de veinte y dos presos, los once, que estaban en una sala separada, hallaron medio de escaparse saltando por una ventana al jardín y echando abajo la puerta de la salida. (*Historia secreta del 10 de agosto de 1792.*)

En circunstancias tan críticas en que al parecer iba á consumarse la obra revolucionaria, es por demás preguntar si Théroigne estaba en pie. Ya á las seis de la mañana estaba con el traje de costumbre en los Feuillans, cuando condujeron allí los detenidos. Entre los que no pudieron escaparse, se distinguía un jóven de exterior elegante, con gorro de policía y uniforme de miliciano nacional; quiso la suerte que alguno profiriera su nombre, y era Sulleau, el periodista que tantas veces la habia disfamado en su Diario. Al oír este nombre, esclama Théroigne: «¡Como! ¡es Sulleau!» corre hácia él, y cogiéndole por el cabezon: «¡Ola! ¡Vd. es el que me adula de esta suerte! con que ¡yo soy vieja! ¡soy fea! ¡soy la querida de Populus!» Y al decir estas palabras, levanta el sable; pero Sulleau que era hombre vigoroso y resuelto, se deshace de ella con un brio de desesperacion, coge el arma de uno de los agresores y defiéndose valerosamente. Mas, pronto se ve atropellado por el número, y cae acribillado junto con ocho de sus compañeros.

Suponen algunos biógrafos que Sulleau no hizo resistencia alguna, sino que presentando el pecho á los golpes, dijo: «Ved á lo menos cómo sabe morir un realista.» Pero esta version se aviene mal con el carácter indómito y fogoso de aquel escritor.

Despues de esta venganza corre Théroigne á otras hazañas; y en esta jornada obtuvo, no obstante su sexo, una graduacion militar. (*Constitutionnel* del 20 de mayo de 1838.)

Sabido es que el rey creyó salvarse yendo á ponerse bajo la salvaguardia de la asamblea nacional; que sus fieles suizos fueron atrocemente sacrificados despues de su salida, y que con ella fué entregado el palacio á la invasion del pueblo que por fin tomó posesion del trono.

Luego despues del derribo de la monarquía, entraron los temores de las reacciones realistas, exagerando el acaloramiento los peligros que habia. Dó quier se vieron conspiraciones, y

no tan solo fueron perseguidos aquellos que llamaban traidores del 10 de agosto, sino tambien todos los que no habian aplaudido las grandes medidas revolucionarias. La comision de vigilancia del comun mandó detener á mas de quince mil personas en virtud de las denuncias que recibió, quedando con esto atestadas todas las cárceles. El pueblo marchaba rápidamente; y la autoridad de la asamblea nacional tanto mas iba perdiendo de su prestigio cuanto daba muestras de flojedad y lentitud. Ya la municipalidad le hablaba en tono magistral, y mas bien le impuso por voz de Robespierre que le propuso el decreto para la institucion de un tribunal extraordinario que juzgase á los culpables, tribunal que á pesar de sus rápidos procedimientos no dejó aun satisfecha la impaciencia del pueblo, el cual con su terrible justicia se anticipó á las sentencias empuñando el hacha ejecutora y entregándose á los asesinatos de los encarcelados en los espantosos dias de setiembre.

Acostumbrada Théroigne á holgarse horriblemente en medio de la matanza, hallóse en las escenas mas sangrientas, como las de la Abadía, la Fuerza y Bicêtre, desfogando su rabia contra todas las familias nobles que encontró. Cuéntase que habiendo visto en el patio de la Abadía al jóven señor que la sedujo, entre los presos que habian de ser sacrificados, no pudo reprimir los ímpetus de su cólera y le hundió el sable en el pecho. (*Constitutionnel* del 20 de mayo de 1838.)

Refiérese tambien que recorriendo una sala de locos de Bicêtre en compañía de Angélica Voyer, una de sus compañeras, un jóven que algunos dias atras habia perdido el juicio por haber visto prender á su querida, observó la cabeza de esta en la punta de una pica que Angélica llevaba, y que el rayo de razon que en él produjo aquella vista le dió muerte repentina. (*Véanse los Setembristas*, escena X, páginas 231 y siguientes.)

La toma de la Bastilla habia dado márgen á que el republicano Brissot d'Ouarville contragéra íntima amistad con nuestra frenética Liejana. A su regreso de Lóndres grangeóse Brissot la enemistad del ministerio por el celo que manifestaba en sus numerosos escritos á favor de la causa de la hu-

manidad y el espíritu de reforma y odio á la opresion que en ellos ostentaba. Bastó este motivo , para que le encerráran en la Bastilla. Posteriormente , habiendo sido nombrado miembro del primer consejo municipal de Paris , los vencedores de aquel monumento le entregaron á él las llaves por mano de Théroigne como para vengarle del indigno tratamiento que allí sufrió.

No se habia abandonado á ciegas Brissot en el torrente devastador de la revolucion , porque sus opiniones habian sido siempre moderadas , ora en la cuestion de la emigracion , queriendo que la ley no pudiese aplicarse contra aquellos que tan solo se habian ausentado de Francia para ir en busca de otra constitucion que mas les acomodase , sin llevar ninguna intencion hostil , ora en la causa del rey , invocando la apelacion al pueblo para que la condena del monarca fuese obra de todos , y que si el enemigo invadia la Francia cada francés hubiese de responder de sus hechos.

Su máxima era que no se debia ingerir el despotismo en el árbol de la libertad.

Pero habia llegado la época en que la humanidad era considerada como traicion y como prueba de la mayor maldad.

Ya empezaban las murmuraciones contra Brissot , y ya mas de una vez la violenta faccion le señalára á la gritería de la muchedumbre. Empero su descrédito no le habia hecho menguar en la opinion de Théroigne , la cual tambien llegó á participar de algunos de sus principios , habiéndose ya comprometido con algunos escritos , particularmente por el que dirigió á las cuarenta y ocho secciones , del cual copiaremos algunos trozos para dar una idea de su estilo y de los sentimientos que albergaba. «Oidme , ciudadanos; no trato de hablaros con flores retóricas , sino el lenguaje de la verdad; ¿ cómo estamos? todas las pasiones que con arte maligno se han puesto en pugna nos arrastran al borde del precipicio.... A mi regreso de Alemania , unos diez y ocho meses atras , os manifesté que el emperador tiene aquí un sinnúmero de agentes para dividirnos , preparar con tiempo la guerra civil , y hacerla estallar en el momento en que sus satélites invadan nuestro territorio.... Burlemos tamañas intrigas ; procuremos

no justificar con nuestras intestinas desavenencias esa calumnia de los reyes y sus esclavos que no puede un pueblo por sí mismo llevar las riendas de la soberanía , y no les autorizamos tampoco para que vengan á tranquilizarnos. Pitt y los ingleses están acechando el momento. Cuidado con dejarnos sorprender por las insidiosas proclamas de Coburgo. ¿Acaso han de aparecer mas unidos los déspotas para sostener su sistema infernal , que nosotros para defender la libertad? Ha llegado el momento en que el interés general exige que sacrifiquemos nuestros rencores y nuestras pasiones por la pública salvacion. No creais que nuestros enemigos hagan distincion de partidos , porque si llegan á vencernos todos seremos confundidos el dia de la venganza. Puedo aseguraros que no hay patriota alguno sobre el cual no me hayan hecho interrogaciones. Todos los habitantes de Paris serán inmediatamente proscritos ; y mil veces he oido decir á los que intentaban exigirme declaraciones contra los patriotas , que era preciso esterminar la mitad de los franceses para someter á la otra mitad.... ¡Esterminarlos! ¡viles esclavos! ¡vosotros sereis los esterminados , porque á nosotros nos unirá el comun peligro!....»

Concluyó manifestando que ya era tiempo que la Gironda se arrimase á la Montaña , y propone que se interponga la mediacion de las mugeres entre estos dos poderosos rivales , á ejemplo de aquella romana ilustre que aplacó la ira de un tráfugo.

Pero era inasequible todo acomodamiento entre Judas é Issachar , y tan solo el suscitar esta idea era hacerse sospechoso á ambos partidos.

Théroigne no hacia mas que reproducir en su folleto las ideas de Brissot , y no tardó en dar pruebas de la adhesion que le tenia.

Hallábase hácia el 31 de mayo en el jardín de las Tullerías , en medio de los grupos de mugeres que diariamente se reunian allí gritando hácia las ventanas como de costumbre: «Abajo los brisotinos!» Cuando llegó Brissot para pasar á la sala de sesiones , vióse en un instante rodeado y acometido por las vayas é insultos de aquellas energúmenas. Entonces , movida

Théroigne por un impulso de generosidad mas veloz que el rayo, se arrojó sobre ellas para defenderle. Su brutal petulancia no hizo entonces mas que mudar de objeto. «¡Ola! ¡tú eres brisotina! exclamaron echándose encima y agarrándola: ¡pues bien! ¡ahora la pagarás tu por todos!» Valiéndose acto continuo de la facilidad que ofrece el vestido mugeril para tamaño castigo, aplicándole el que debia parecer mas vergonzoso y humillante á una amazona tan intrépida como orgullosa. (1).

Poco tiempo pudo sobrevivir su razon á tan insigne ultraje; ya no se la vió mas desde entonces, y súpose que habia sido encerrada en una casa de locas en el arrabal Saint-Marceau. Hállanse pruebas de su demencia en una carta que escribió á Saint-Just la víspera del 9 thermidor, la cual fué inventariada por Courtois en los papeles de este. Dice así: «Ciudadano Saint-Just, sigo todavía en arresto; he perdido un tiempo precioso. Mándeme Vd. doscientos francos, y venga Vd. á verme; ya tengo escrito á Vd. que no me faltan amigos hasta en el mismo palacio del emperador. Injusta he sido con el ciudadano Bosque. ¿Podré lograr que se me acompañe á su casa de Vd.? Tengo mil cosas que decirle. Es preciso establecer la union. Es necesario que yo pueda desarrollar todos mis proyectos, continuar escribiendo lo que tenia entre manos, tengo que decirle á Vd. cosas importantes; yo he adelantado mucho. No tengo ni papel, ni luz, ni cosa alguna; y no obstante es preciso que yo sea libre para poder escribir. Aquí me es absolutamente imposible hacer nada. Me he instruido mucho desde que estoy en este lugar; pero si permaneciese mas tiempo sin hacer ni publicar cosa alguna, envileceria á los patriotas y la corona cívica. Ya sabe Vd. que se trata tambien de Vd. como de mí, y que los signos de union reclaman caudales. Se necesitan muchos y buenos escritos, que den un buen impulso. Ya conoce Vd. mis principios: yo no dudo que los patriotas no me dejarán ser víctima de la intriga. Si Vd. me secunda, todo puedo repararlo aun, pero debo hallarme en

(1) Véase la *Historia de la Revolucion* por Dos Amigos, tomo VI, pág. 79, y las *Revoluciones* de Prud'homme, tomo XVI, pág. 358.

todas partes donde puedo ser respetada. Ya he manifestado á Vd. mi proyecto, y solo pido que se me deje volver á mi casa, salud y fraternidad, etc.» (1).

¡Vedla ahí pues á la pobre Théroigne, semejante á las sombras olvidadizas de que habla Virgilio, que en vano pugna por acordarse de la vida, sospecha que existió, y quiere agarrarse de nuevo al pensamiento desvanecido! ¡Cuán diferente es, asi quebrada, balbuciente y sin sentidos, de la orgullosa Méricourt, dictando leyes en la tertulia y lanzando arengas en los clubs y la muerte en las batallas!

En la obra de Mr. Esquirol sobre las Enfermedades mentales, se hallan pormenores que pueden ser útiles para completar el desdichado final de la historia de esta célebre republicana. Estractaremos de ella algunos fragmentos: «Permaneció en las *Petites-Maisons* hasta el mes de setiembre de 1807, en cuya época fué trasladada á la *Salpêtrière*. Mostróse agitada á su llegada, injuriando y amenazando á todos, sin hablar mas que de libertad, de comité de salud pública y acusando á todos los que se aproximaban á ella de moderados y realistas.

«En 1808 fué á verla un gran personaje que habia figurado como gefe de partido. Reconocióle, levantóse de su lecho de paja y llenó de insultos al que la visitó, acusándole de haber abandonado el partido popular y de ser un moderado á quien pronto haria justicia el comité de salud pública. En 1810 calmóse algun tanto.

«Empero, añade el doctor, no puede sufrir ninguna clase de vestido, ni aun la camisa. Todos los dias, mañana y tarde, inunda su cama con varios cubos de agua. Paséase á pie descalzo en su celdilla embosada y llena de humedad, sin que le haga mudar de régimen el frio mas intenso. Jamas se ha podido lograr que se acostase con camisa ni con dos cubiertas. Cuando hiela y no puede tener agua en abundancia, quiebra el hielo para recoger la que hay debajo para remojarse el cuerpo y particularmente los pies.

«Aunque habita en una celdilla pequeña, oscura, muy hú-

(1) *Informe de Courtois*, páginas 131 y 132.

meda y sin muebles, hállase perfectamente y demuestra ocuparse en cosas de la mayor importancia; cuando se le aproxima alguno se sonríe, y otras veces responde precipitadamente: «No le conozco á Vd;» y se envuelve en su manta; pocas veces contesta con acierto. Repite á menudo: «Yo no sé, lo he olvidado:» y si se insiste, se impacienta, habla sola, en voz baja, y deja oír las voces entrecortadas de *fortuna, libertad, comité, revolucion, pícaro, decreto*.

«Irrítase y encolerízase cuando la contrarian, particularmente cuando quieren impedirle de tomar agua. Una vez mordió con tal furia á una de sus compañeras, que le llevó un pedazo de carne. Con que se ve que en ella la ferocidad ha sobrevivido á la inteligencia.

Devora cuanto le cae á las manos, paja, hojas, plumas y mendrugos que haya por el suelo. Arrástrase para beber agua de los arroyos, negra y cargada de inmundicias, prefiriendo esta bebida á otra cualquiera.

«No conserva sentimiento alguno de pudor; permanece desnuda sin avergonzarse á la vista de los hombres. Un día, en un lucido intervalo llamó á un vecino desde la ventana, y quejóse de que la tenían encerrada injustamente rogándole que se interesase por ella é hiciese pasos para que la sacáran. Creyendo este que era víctima de una injusta detencion, dirigióse á la comision de seguridad general, la cual mandó tomar informes; pero como el estado de demencia en que se hallaba Théroigne se agravaba diariamente, no pudo ponérsela en libertad.

«Hasta sus últimos días conservó restos de hermosura, notándose particularmente la perfeccion de sus pies y manos» (1).

Murió en 9 de mayo de 1817, de edad de cincuenta y ocho años.

(1) Biografía de las Mujeres.

MADAMA NECKER.

SUSANA Curchod de Naaz descendia por línea materna de una antigua familia de Provenza que se vió obligada á retirarse á Suiza á consecuencia del edicto de Nantes. Nació en el lugar de Grassy, situado en las montañas que separan el país de Vaud del Franco-Condado. Su padre ejercia allí el ministerio evangélico, consintiendo en esconder los tesoros de ciencia que poseia en aquellas humildes funciones, y él mismo cuidó de su educacion, logrando adornar preciosamente aquella tierna inteligencia con variados conocimientos, particularmente con un espíritu metódico que sirve para adquirirlos todos. Pronto le fueron familiares las principales lenguas antiguas y modernas, tomando especialmente tal gusto por los autores latinos, que toda su vida conservó la costumbre de hacerse leer en voz alta sus pasages mas sobresalientes. (1). Además de los atractivos intelectuales poseia los mas visibles de una hermosura sorprendente: estatura alta y proporcionada, facciones animadas y finas, y modales llenos de natural dignidad. Sus ojos azules, dice madama Necker de Saussure, eran tiernos y tal cual vez cariñosos, notándose en su fisonomía una espresion tan pura é ingénuo, que con su cara grande y algo recta formaba un contraste seductor (2). El célebre historiador inglés Gibbon no pudo verla sin experimentar por ella un amor que desgraciadamente era poco apto para inspirar (*gibbosus*).

Segun varios biógrafos, tuvo ocasion de conocer al célebre

1) Noticia sobre Mr. Necker, por madama Staël, pág. 28.

2) Noticia sobre el carácter y los escritos de madama de Staël, pág. 20.